

F1351
M45



FONDO HISTORICO
R. GARDO COVARRUBIAS

155891



CIUDADANO MINISTRO.

LLAMADO por la fuerza de los acontecimientos y por el voto de las fuerzas republicanas del Estado de Tabasco á la direcci3n de la guerra contra las armas de la intervenci3n extranjera y sus aliados los traidores que profanaron aquel suelo en Junio de 1863; nombrado en 8 de Septiembre de 1864, por decreto del cuartel general de la l3nea de Oriente, Gobernador pol3tico y militar de dicho Estado, á virtud de habersele declarado en estado de sitio, y removido de este encargo por decreto del mismo cuartel general de 5 de Mayo 3ltimo, cuando hab3a desaparecido en Tabasco hasta la posibilidad de un amago, por parte de los aviesos partidarios del archiduque Fernando Maximiliano de Austria, creo de mi imperioso deber dar cuenta al Supremo Magistrado de la Rep3blica, por el respetable conducto de Ud., tanto de los sucesos de que fu3 teatro el referido Estado, cuanto de la manera con que ejerc3 el encargo, fiado á mis d3biles hombros, en las circunstancias m3s aciagas porque haya pasado la Federaci3n mexicana.

Cansados los pueblos del Estado de Tabasco de sufrir el azote de la dictadura intervencionista del audaz aventurero Eduardo G. Arévalo; dispersados y fuera del país los jefes del Gobierno constitucional, á quienes incumbía sostener á todo trance el honor y la dignidad nacional ultrajados, dos poblaciones de la Chontalpa, Cárdenas y Comalcalco, no ligadas por ningún acuerdo, movidas tan solo por la espontánea indignación y el justo coraje que produce el desatentado despotismo, levantaron la voz de insurrección, invocando los santos nombres de Patria y República; la primera en 6 de Octubre de 1863, tomando por caudillo al capitán C. Andrés Sánchez, y en 8 del mismo la segunda, á virtud de acuerdos y trabajos preparatorios practicados por el infrascrito, con el hoy comandante de escuadrón C. Regino Hernández y el C. Mamerto González, únicos que entraron en el secreto.

Como con fecha anterior Arévalo había resuelto mi expulsión al extranjero, concediéndome siete días para hacer el arreglo de mis negocios, los aproveché en organizar el movimiento premeditado, y á pretexto de ir á presentármele á San Juan Bautista, marché para la villa de Jalpa el mismo 8 de Octubre, con el ánimo de apoderarme de cuarenta fusiles que existían allí en depósito, lo cual logré satisfactoriamente, en tanto que los guardias nacionales de Comalcalco, encabezados por el referido comandante Hernández y el capitán Bernabé Fuentes, asaltaban el cuartel de los intervencionistas de dicha villa, en cuya empresa obtuvieron el éxito más feliz.

Alcanzado aquel triunfo y puesto en fuga el jefe imperialista, (Romanco), procedióse á levantar el acta de insurrección, por la cual era llamado á ejercer el Gobierno del Estado el ciudadano teniente coronel Pedro Méndez, y el mando en jefe de la brigada del mismo el comandante de batallón C. Francisco Vidaña.

Como no fuera posible el ingreso de las personas designadas á Comalcalco, por haber tenido que ir á reconocer su prisión en San Juan Bautista el ciudadano Pedro Méndez, y por hallarse aun en mal estado el comandante Vidaña, de resultas de la herida que recibiera en el combate de San Juan Bautista de 18 de Junio de 1863, para ocurrir á la acefalía absoluta en que quedaban las fuerzas pronunciadas, acordaron investirme del mando en jefe de la brigada, sin resolver nada respecto del Gobierno, cuyo acuerdo se hizo saber á las tropas por orden general del 10 al 11 del citado mes, día en que se tuvo el parte del movimiento de Cárdenas, verificado el 6.

Debo hacer mención honorífica del C. capitán Crescencio Rosaldo, quien con una pequeña escolta condujo el armamento tomado en Jalpa á la villa de Comalcalco, á donde ingresó en la noche del 9, dando un laudable ejemplo de serenidad y resolución.

Cuando por la premura del tiempo, y sobre todo, por la falta absoluta de elementos de guerra, aun nada había podido organizar el que suscribe, á las cinco de la tarde de ese mismo día 10 esparcióse la súbita voz de alarma. Era Arévalo en persona, que al mando de 90 hom-

bres de fuerzas mixtas de infantería y caballería, había concebido el proyecto de sorprender la naciente insurrección de Comalcalco y Cárdenas, á cuyo efecto se había situado con 150 hombres y dos piezas de artillería en Cunduacán, distante diéz leguas de la primera de aquellas poblaciones y ocho de la segunda.

Los guardias nacionales de mi mando, aun no acostumbrados á los hábitos de campaña y á pesar de haber sido envueltos por las fuerzas de Arévalo que atacaron la población por tres puntos simultáneos, no abandonaron el campo sino después de haber cambiado algunas descargas con aquellas, dispersándose por los bosques circunvecinos, á favor de las sombras de la noche, habiendo hecho á los imperialistas algunos muertos y heridos. Nuestra pérdida fué grave, pues si bien sólo tuvimos que lamentar la muerte de un soldado, Gil Flores, y la herida de otro, José de la Cruz Broca, cayeron en poder del enemigo las armas en depósito, alguna cantidad de pólvora, una corneta y una caja de guerra.

El 11 las tropas dispersas tomaron el camino de la costa, y al tener noticia de ello, les hice saber el punto en que me hallaba, que lo era la finca rural del C. Rogerio Pérez, en donde se me vinieron á reunir en la noche del 12, encabezados por el comandante Regino Hernández.

Como á esa fecha sabía yo de una manera positiva el movimiento de Cárdenas, cuyas fuerzas se hallaban abrigadas en la ribera de Santa

Ana, en la misma madrugada del 12 al 13 emprendí la marcha con el fin de incorporar mi fuerza á la del C. Andrés Sánchez, jefe de aquellas.

Al verificar el 13 nuestra reunión, el patriota Sánchez secundó el acuerdo de Comalcalco, dándome á reconocer á sus soldados como jefe superior.

Para subvenir á la mísera escasez en que se hallaban nuestras fuerzas, hízose una suscripción entre los jefes y oficiales, con cuyo producto pudo atenderse á las necesidades más imperiosas del momento. Al obrar así probábamos distar mucho del vandalismo, dando garantías á las propiedades é infundiendo simpatías en nuestro favor.

Debiendo destruir el mal efecto de la sorpresa de Comalcalco, nuestra primera necesidad era evitar el evento de un nuevo encuentro, hasta contar con un núcleo de fuerzas capaz de imponer al enemigo. A este fin, procuré desorientarlo sobre nuestra situación, enviando correos y agentes secretos que nos hacían aparecer á un mismo tiempo en diferentes rumbos, y resolví entretanto dirigirme á la villa de Cárdenas, para engrosar allí nuestras filas. El 16 entramos en ella, habiendo obtenido los resultados más satisfactorios, pues al llamamiento de la patria acudieron multitud de ciudadanos dispuestos á arrostrar la muerte, tanto de esa benemérita villa cuanto de las de Huimanguillo, Comalcalco y de la banda derecha del Mezcala. La falta de recursos pecuniarios hacía nuestra situación hasta cierto punto afflictiva. El

único medio con que pude salir de ella, fué obteniendo algunas cantidades de los propietarios y comerciantes de Cárdenas y Huimanguillo, empeñando mi personal garantía.

A pesar de esta conducta, aplaudida por todos los que tenían ocasión de examinarla, Arévalo, antes de abandonar Comalcalco, expidió en 15 del mes referido una orden de asesinato, especie de decreto en que declaraba bandidos á mi abnegado compañero C. Andrés Sánchez y á mí, poniendo á precio nuestras cabezas.

La falta de armamento y de municiones de guerra, era otro de los graves inconvenientes con que contábamos. El enemigo, en los fugaces días en que dominó el Estado entero con insolente fortuna, hizo una rigurosa rēquisición de armas, dejando sólo aquellas que por su inutilidad eludían el temor de que fuesen aprovechadas. Sólo con éstas contábamos, y para ponerlas en un mal estado de uso tuve que mandar establecer dos armerías que trabajaban sin descanso. Las pocas cantidades de pólvora y plomo que lográbamos obtener, eran pagadas á peso de oro, siendo de notar que para su adquisición los mismos soldados consentían en privarse de sus haberes.

Como Cárdenas es una población accesible por todas partes y sin ningún punto de defensa, resolví ir á acampar en la noche del 16 á la hacienda de Manuel Cupido, defendida en su frente por la profunda barranca vertical que forman allí las aguas del Mezcalapa. Además que aseguraba yo la defensa, siendo aquella hacienda

un punto medio entre Cárdenas y Huimanguillo, contaba con los recursos que ambas poblaciones podían ministrarnos.

Desde el momento en que asumía personalmente la responsabilidad de los sucesos que iban á desencadenarse en Tabasco, incumbíame el deber de promover la insurrección completa del país. Esto me movió á enviar un emisario, que lo fué el C. capitán Francisco Chapuz, al C. comandante de batallón Eusebio Castillo, residente en el departamento de Pichucalco, Estado de Chiapas, para que allí levantase el espíritu público y organizase algunas tropas con que auxiliarnos. A esta sazón, ignoraba yo que los pueblos del partido de la Sierra, acaudillados por el C. coronel Lino Merino, habían desconocido al llamado gobierno imperial desde el 13 de Octubre.

El 21 regresó mi emisario trayéndome respuesta del C. Castillo, quien me daba participio del pronunciamiento republicano de Pichucalco, encabezado por el C. capitán J. Inés Cruz, y de que tanto él como su hermano C. Cornelio Castillo y el C. Felipe Ortiz, se ocupaban en la recluta y organización de fuerzas, ofreciéndome su concurso.

En tal estado las cosas y cuando contaba yo con unos 200 hombres de infantería y un piquete de caballería de 30 dragones, dispuse adelantar mis posiciones, dirigiéndome con tal objeto á la villa de Comalcalco el 22, distante diez y siete leguas de aquella hacienda. Ejecutando esa marcha sin novedad, tenía yo el

convencimiento de que nuestra situación física y moral mejoraría ventajosamente.

Deteniéndome de tránsito en Cárdenas y en la hacienda de Santa Rosalía, á las nueve de la noche del 23 las fuerzas de mi mando hicieron su entrada en Comalcalco, donde fueron recibidas con indefinible entusiasmo. A la mañana siguiente, 24, empezaron á presentárame multitud de ciudadanos de Paraiso, Comalcalco y la Capital del Estado, manifestándome su resolución de incorporarse á la nascente brigada, cuyos servicios fueron aceptados. El mismo día dí la organización competente á mis tropas, la cual se les hizo saber por la orden general siguiente:

“Orden general del 24 al 25 de Octubre de 1863.—Jefe de día para hoy el C. comandante de escuadrón Mariano Alfaro, y para mañana el de igual clase comandante de batallón C. Bernabé Fuentes.—De orden del ciudadano coronel en jefe de la brigada, se reconocerá por mayor de órdenes al C. capitán Francisco Ramírez, de primer ayudante de plaza al C. capitán Francisco Chapuz, y de sub-ayudante de la misma al C. subteniente Carlos Moguel, de capitán pagador al C. Pedro Sánchez, y de ayudante de él al subteniente C. Natividad Rodríguez; ayudantes del ciudadano coronel en jefe de la brigada, el C. teniente Juan Solís y el subteniente C. Gregorio Ceballos; ayudante del comandante segundo en jefe de la brigada C. Andrés Sánchez, el subteniente C. Cirilo Romero; proveedor, el subteniente C. Tranquilino W. Payán.—To-

das las secciones se conservarán en sus respectivos cuarteles en la mejor disposición de ataque, y á nadie se le permitirá separarse de ellos desde la oración de la noche, lo que se recomienda con especialidad á los señores oficiales.—De orden del ciudadano coronel de la brigada se prohíbe, tanto á los señores jefes y oficiales como á la tropa, el usar cotones colorados, para no ocasionar trastorno á la hora del combate.—Comunicada.—*Ramírez.*—Comunicada.—*Moguel.*”

Los días 25, 26, 27 y 28, aprovecharonse en la disciplinación más indispensable de las tropas cuyo número continuó día á día en aumento, al grado de que el último ascendían ya á 350 hombres, cuyas necesidades estaban medianamente provistas merced á la generosa cooperación de los propietarios y del comercio del partido, que me ayudaron con patriotismo. No debo pasar aquí en silencio la conducta de un sencillo campesino, el C. Gregorio Sánchez, quien vino á poner á mi disposición á un hijo suyo para el servicio de las armas y cien pesos en efectivo como donativo de guerra. Este patriótico ejemplo fué imitado por otros ciudadanos, cuyos nombres no tengo presentes.

Aunque carecía yo de los elementos materiales necesarios á abrir la campaña sobre el enemigo, temeroso de que la inacción enervase la energía de mis nacionales, resolví tomar la iniciativa, encomendándolo todo al patriotismo. En efecto, ese mismo día 28, dí las órdenes de marcha, la cual emprendimos á las tres de la

tarde, con dirección á Cunduacán, pernoctando en la hacienda de San Bruno.

Al siguiente, 29, á las doce del día, ocupé Cunduacán.

La ocupación de Cunduacán era ya por sí misma un acto de hostilidad flagrante al enemigo. Esa importante villa, llave del extenso y rico distrito de la Chontalpa, le privaba de los recursos que podría de allí obtener. Además, habiendo sido la expresada población el teatro en que Arévalo fuera acojido con benevolencia por algunos mexicanos desnaturalizados, y de donde, por la fuerza, es verdad, había sacado un número considerable de buenos soldados, importaba el desprecio más completo al poder intervencionista.

La capital del Estado, distante sólo ocho leguas de nosotros, quedaba cortada de la pingüe fuente de sus recursos; contaba yo, por tanto, con que allí sería atacado.

Aquel audaz movimiento, que nadie esperaba, nos colocaba en la indeclinable, pero deseada necesidad de combatir. A ello me impulsaba la resolución en que abundaban mis tropas, pésimamente equipadas, mal armadas y sin otras municiones que una parada por plaza.

Siendo de perentoria urgencia el proveerme de recursos pecuniarios, y firme en mi propósito de evitar exacciones y préstamos forzosos, no sólo por ser así conforme con mi carácter, sino también para dar prestigio á la insurrección entre las gentes acomodadas, invité á algunos vecinos, les expuse el generoso objeto de la empre-

sa que acometíamos, pintéles las necesidades de mis subordinados, les excité á ayudarnos en nombre de la patria, obteniendo de ellos una suscripción voluntaria de algunos centenares de pesos.

Pasáronse el 30 y 31 sin que nada me diese indicios de que el enemigo resolvía venir á nuestro encuentro. Ese tiempo lo empleé en recorrer en compañía del C. teniente coronel Andrés Sánchez, y guiados por prácticos, las inmediaciones de Cunduacán. Hallé el punto vulnerable por todas partes, y sin una mala posición militar que poder defender. Esto me obligó á mantener la población rodeada de guardias avanzadas para evitar una sorpresa. Tomadas estas precauciones y al amanecer del día 1º de Noviembre, una escolta de la avanzada del camino que por tierra conduce á San Juan Bautista, presentóme al C. Abraham de la Cruz, quien me dijo se había escapado del rancho la Trinidad, distante tres leguas, para participarme que Arévalo con fuerzas de infantería, caballería y artillería, había pernoctado en dicho rancho, con destino á Cunduacán. Era evidente que no había tiempo que perder. Aprovechándolo, reuní á mi segundo el teniente coronel Sánchez y á varios jefes á quienes manifesté la noticia recibida, y la resolución de combatir, pues volver un paso atrás era perder por completo el prestigio de la causa. Fuí unánimemente secundado por ellos, procediendo, acto continuo, á formar el plan de batalla. Concluyendo con lo inexperto de nuestras tropas, nuestra falta de municiones, nos resolvimos por li-

brar el combate en emboscadas, las cuales se formarían en el lugar denominado El Jahuactal, á la salida de la población, camino de San Juan Bautista. Inmediatamente hice marchar nuestros 300 hombres de infantería al punto designado, utilizando nuestra caballería de 50 hombres en guardar las muchas avenidas por donde el enemigo podía flanquearnos.

Dictadas las medidas precedentes, dirijíme al lugar designado para el combate. Una vez allí organicé la batalla en la forma siguiente: 4 exploradores á caballo á las órdenes del teniente Juan Solís; primera compañía de Cárdenas de 50 hombres, su capitán Antonio Reyes Hernández, emboscada á la derecha del camino en el punto más avanzado, encargada de voltear la retaguardia del enemigo; primera compañía de Huimanguillo, su capitán Anastasio Gil, de 50 hombres emboscada á la izquierda del camino y á unas 50 varas de la primera de Cárdenas en la línea paralela del camino, para evitar el que se hiciesen daño al romper sus fuegos; segunda idem de idem de 40 hombres, teniente Eligio Escudero; primera compañía de Hidalgo de 45 hombres, capitán Crescencio Rosaldo. segunda idem de idem de 40 hombres, capitán José A. González, y compañía de Libres Costeños de 30 hombres, capitán Encarnación Alejandro, todas estas fuerzas formaban en emboscada á la izquierda del camino, sin solución de continuidad, inmediatamente después de la primera de Huimanguillo, con la orden de no romper sus fuegos sino á una señal dada cuando el ene-

migo estuviese perfectamente entre ellas. Nuestra reserva la constituía la segunda compañía de Cárdenas de 40 hombres, teniente Antonio Adriano colocada ya entre la población.

De esta manera cubrían las tropas de mi mando una línea de medio kilómetro con la ventaja de ser utilizado hasta el último soldado.

Apenas tuve el tiempo preciso para poder formar así la batalla. El enemigo no se hizo esperar por mucho tiempo. Los exploradores se avistaron con él y disparando sus mosquetes, vinieron á incorporarse á nuestra reserva, trayendo herido al sargento Macedonio Gil. A las siete de la mañana se nos presentó, formando inmediatamente en batalla, con su caballería á la vanguardia, que se abrió en dos alas para franquear el paso á la pieza de montaña que traía al frente de su infantería, siguiendo avanzando hácia la población, batiendo marcha.

Una imprudencia malogró mi plan de envolver al enemigo y aniquilarlo por completo.

El sargento 2º de la segunda de Huimanguillo, Jacinto López, viéndole avanzar salió del bosque, sin duda con el ánimo de observarlo mejor. Al verificarlo, denunció nuestras posiciones.

El enemigo comprendió la celada, rompió sus fuegos que fueron respondidos por nuestras emboscadas de derecha é izquierda. El cañon imperialista hacía disparos desacertados y sin objeto. Jacinto López, el sargento temerario, quiso sin embargo imponerle silencio y salió por segunda vez del bosque, seguido de su guerrilla, se lanzó machete en mano sobre la pieza, un

último disparo de la cual hizo trizas el cuerpo del denodado sargento, cayendo en seguida en poder de nuestros nacionales. Aquello determinó el principio de la derrota.

Una y media horas hacía que se habían roto los fuegos y nuestras municiones se habían agotado totalmente. En aquel conflicto, que estaba á punto de impedirnos el triunfo definitivo, el capitán de la primera emboscada, Reyes Hernández, salvó la situación. El enemigo había cometido la torpeza de hacer marchar su parque por su izquierda y á la orilla del bosque; apercibido de ello el intrépido Hernández, carga sobre la escolta guarda-parque, pónela en fuga, y sin dar tiempo al enemigo, se apodera de una caja de cartuchos, municiona su valiente compañía y rompe á pecho descubierto un vivísimo fuego sobre las columnas enemigas, que, poseídas del pánico, se encomendaron á la fuga. Si en aquel momento hubiera podido disponer de la compañía de caballería, el exterminio hubiera sido completo. Los miserables restos del enemigo fueron perseguidos por nuestras guerrillas dos leguas más allá del Jahuactal, hasta el lugar conocido con el nombre de Boea del Monte. A las once del día se levantaba el campo, cuyos trofeos consistieron en una pieza de artillería de á 4 con 133 botes de metralla, 12 cajas parque de fusil, 70 fusiles, 10 mosquetes, 17 lanzas, 3 espadas y 15 caballos ensillados. Las bajas del enemigo consistieron en 37 muertos, un número considerable de heridos y más de 80 dispersos. Las nuestras fueron de 6 muertos, el

subteniénte de la primera de Cárdenas, Leandro Adriano, el sargento 2º de la segunda de Huimanguillo, Jacinto López, y cuatro soldados; sólo tuvimos 14 heridos de las diferentes compañías que entraron en acción. La desproporción respecto de nuestras pérdidas y las de los imperialistas, consistieron más que en la ventaja de nuestras posiciones emboscadas, la cual estaba nulificada por haberse librado el combate á quema-ropa, en la circunstancia de que á nuestros primeros disparos, el enemigo echó pecho á tierra, resultando inofensivas sus descargas. A las doce del día los heridos, sin distinción de republicanos ni traidores, recibían los primeros socorros de manos de unas bondadosas señoras que concurrieron espontáneamente al hospital de sangre.

En los momentos en que se celebraba este primer glorioso triunfo de las armas nacionales en Tabasco, recibí el parte de la insurrección de la Sierra, al frente del C. coronel Lino Merino y de la derrota del traidor Juan Ortega, al acometer á la ciudad de Chiapa. Una victoria era el eco de otra.

En el acto comuniqué el éxito del Jahuactal al expresado jefe Merino, al comandante Castillo, á Pichucalco, y al Gobierno del Estado de Chiapas.

Para aprovechar el armamento de los dispersos que sobrecogidos de terror no habían de presentármese y para desmoralizar las fuerzas que Arévalo mantenía en San Juan Bautista, expedí aquel mismo día una amnistía para los

individuos de la clase de tropa que se me presentasen, ya de los dispersos, ya de los que guarneceían la capital del Estado, ofreciendo además una gratificación á los que lo verificasen armados. Esta medida tuvo sus felices resultados. Desde la mañana siguiente comenzaron las presentaciones de soldados armados y á los tres días se iniciaba la deserción en las filas imperialistas.

Como era necesario premiar el comportamiento de los que en aquella primera acción de armas se condujeron con denuedo, para despertar así la justa emulación entre mis subordinados y hacer simpáticos los sacrificios por la patria, el 2 de Noviembre expedí la siguiente orden general:

“Orden general del 2 al 3 de Noviembre de 1863.—Jefe de día para hoy el C. capitán Reyes Hernández, y para mañana el C. comandante de batallón Regino Hernández; el servicio de avanzada lo cubrirá el Escuadrón de caballería, como está ordenado.—De orden del ciudadano coronel en jefe de la brigada, se reconocerá como capitán de la compañía “Libres Costeños” al C. subteniente Román García, por el buen comportamiento y bizarría que manifestó en la función de armas del día de ayer, poniéndose á la cabeza de su compañía, la que fué abandonada por el ex-capitán Encarnación Alejandro; por la eficacia de sus servicios en los momentos del peligro, se hará reconocer asimismo como capitán de la compañía de esta villa de Cunduacán, al C. Bibiano García, á quien se le expedirá

su respectivo nombramiento: se reconocerá igualmente por subteniente de la sección “Oaxaca” al sargento 2º Victoriano Flores; por subtenientes de la primera compañía del batallón “Hidalgo,” á los sargentos Pedro y Miguel Jiménez: al C. subteniente Leandro Adriano, que sucumbió gloriosamente ante los traidores, se le dará el ascenso de teniente, cuya pensión percibirá su familia; al C. Jacinto López, que murió de sargento en el acto de tomar la pieza, se le da el ascenso de subteniente, con una pensión que disfrutará su familia; á las familias de los nacionales CC. Natividad Copó, Julio García, Victoriano Hernández y Albino Jiménez, muertos en la misma función de armas, se les dará una pensión que el Gobierno establecerá luego que se halle constituido.—Los dignos jefes, oficiales y clase de tropa que tomaron parte en la brillante función de armas del día de ayer, que ha levantado muy alto el honor de la Nación, han merecido bien de la patria.—Comunicada.—Ramírez.—Comunicada.—Moguel.

Aquí es lugar de hacer una advertencia. Las compañías que se denominaban de Oaxaca, eran nacionales de la villa de Huimanguillo, á las que se dió ese nombre con la mira de hacer comprender al enemigo que contábamos con el auxilio del Estado de Oaxaca.

Más tarde, y con el propio objeto, llamé también compañía de Juchitán á la de los indígenas del pueblo de San Felipe Río-Nuevo. Se combatía hasta con las palabras, y de todo se obtuvo el resultado apetecido.

El propio día 2 organicé la sección del cuerpo médico, nombrando jefe de ella al C. Dr. Osiris Girard, y la comisaría de guerra, que fué encargada al C. Miguel Payán Ortiz.

Desde el 1º de Noviembre todo pareció sonreírnos. También en el citado día 2 recibí la placentera nueva, comunicada por el jefe político de Cárdenas, de haber empleado en la costa de Santa Ana un buque á cuyo bordo existían dos piezas de artillería de sitio de á 24 reforzadas, con su correspondiente montaje, alguna pólvora y balas. En el acto destaqué á la referida barra á los oficiales Antonio Adriano y Gregorio Ceballos con un piquete de doce hombres, con instrucciones de trasladarse á bordo del buque y apoderarse de las piezas, así como de todos los materiales de guerra y de maestranza que en él hallasen. Los jefes políticos de Cárdenas y Huimanguillo, recibieron orden de dar á la comisión todo género de auxilios.

Con motivo de haber recibido en la mañana del 3 la ratificación completa de la noticia del buque empleado, y cartas de los CC. comandante Castillo y Felipe J. Serra, en que me manifestaban el deseo que tenían de incorporármeme con una pequeña sección levantada en el departamento de Pichucalco, Estado de Chiapas, por los CC. Inés Cruz, hermanos Castillo y Felipe Ortiz, á cuyo fin me participaban haber emprendido su marcha, resolví verificar un movimiento retrógrado, cuyo punto objetivo era Cárdenas, con la doble mira de proteger los trabajos de la comisión de Santa Ana y la incorpo-

ración de la sección de Pichucalco, que podía ser cortada por el enemigo, á favor de las aguas del Mezcalapa. A las once de la noche púsose en práctica el movimiento, verificando nuestra entrada en aquella villa á las cinco de la mañana siguiente.

Una vez allí, nuestras fuerzas recibieron un considerable aumento de voluntarios de la expresada villa, de la de Huimanguillo y de las márgenes del Mezcalapa.

A las ocho de la mañana del día 5 verificaba su incorporación la sección de Pichucalco, compuesta de cien infantes. Como en ella viniera el C. Felipe J. Serra, que por declaración del Congreso del Estado, había ejercido antes el cargo de Vice-Gobernador constitucional, el deseo vehemente de dar á la insurrección un carácter de organización perfecta, exenta de ambiciones personales, hizo que desde aquel día se tratase de darle á reconocer á las tropas y á los pueblos con la propia investidura de Vice-Gobernador.

La poca popularidad del Sr. Serra fué un elemento de resistencia que costó trabajo vencer. Mas al fin lograronse nuestras aspiraciones, levantándose el 7 una acta, en que se reconocía en dicho señor el carácter de Vice-Gobernador constitucional, estableciéndose en ella, no obstante, ciertas limitaciones á su autoridad, la más importante, la de no fiar á sus manos la dirección de la guerra. Por orden general del día hice saber á las tropas el reconocimiento de Vice-Gobernador.

“Orden general del 7 al 8 de Noviembre de 1863.—De orden del ciudadano coronel en jefe de la brigada, se hace saber á los cuerpos que componen esta brigada de operaciones, que habiendo reconocido al C. Felipe Jesús Serra como Vice-Gobernador constitucional del Estado libre y soberano de Tabasco, previene se le hagan todos los honores y consideraciones como Jefe Supremo del Estado, dándole la voz todos los cuerpos de esta brigada cada vez que pase por los respectivos cuarteles, formando la guardia, y el oficial ó sargento comandante de ella, rendirá las novedades de Ordenanza.—Jefe de día para hoy el ciudadano capitán Miguel Payán Ortiz, y para mañana el de igual clase C. Román García.—El servicio lo cubrirá la sección Castillo, dando cincuenta hombres, contando con cuatro sargentos segundos, ocho cabos y treinta y ocho soldados los que se presentarán al frente de esta comandancia á las cinco de la tarde. Se recomienda ó todos los ciudadanos jefes, oficiales, sargentos y encargados de toda clase de servicios, procuren con la mayor escrupulosidad guardar exacta vigilancia en el servicio que se les está encomendado.—Comunicada.—Ramírez.—Comunicada.—Solís.”

Libre yo de los trabajos de la organización civil y política del Estado, desde el 8 comencé aquel funcionario á llenar sus deberes administrativos, llamando para servir la secretaría de Gobierno, por indicación mía, al hoy abogado C. M. Sánchez Mármol.

El 9 recibí de la comisión de Santa Ana dos

barricas, conteniendo cuatro quintales de pólvora, sesenta fornituras de soldado y otros equipos militares. Para activar los trabajos de la comisión, envié al capitán Rosaldo, oficial de bastante expedición, facultado para reunir y disponer de la matrícula diseminada por aquella costa.

Desde aquel momento me consagré completamente á la instrucción y disciplina de la brigada que montaba á quinientos hombres, y al abastecimiento de municiones de guerra. Esto último, que parecía lo más insignificante, demandó trabajos ímprobos, pues nuestro armamento carecía en lo absoluto de uniformidad. Como casi en su totalidad fuera viejo y de mala clase, las armerías tenían un trabajo asídúo y constante.

Colmados los deseos que me propusiera al contramarchar á Cárdenas, dispuse el volver sobre Cunduacán, para cuyo punto emprendimos la marcha el 20, dando un largo rodeo por el único camino entonces practicable, á causa de lo avanzado de la estación de las lluvias. Ese día se nos incorporó un piquete de voluntarios indígenas de San Felipe Río-Nuevo, que se denominó “Compañía de Juchitán.” Una lluvia copiosísima nos obligó á detenernos en la hacienda de San Pedro, de donde salimos el 23 á las ocho de la mañana, logrando entrar en Cunduacán á las siete de la noche.

En otra parte he sentado las consideraciones que hacían por demás importante y necesaria la ocupación de dicha villa.